BOLETIN DE HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA

La personalidad de Prisciliano continúa siendo uno de los temas de investigación de los aficionados a los estudios eclesiásticos de los primeros siglos. El Dr. Juan Alfonso Davids, holandés, ha escogido por materia de su tesis doctoral la posición de San Agustín y de su discípulo Orosio, frente al priscilianismo (1). Con exquisito cuidado ha recogido cuanto sobre tema tan vasto se ha escrito, ponderándolo todo acertada y concisamente, pero sin aportar nada nuevo a lo ya conocido. No por eso deja de tener interés su elucubración, que demuestra en el autor un criterio sano e imparcial.

Hace ya muchos años que el Dr. Eduardo Anspach había sido encargado por la Academia de Viena de publicar la edición crítica de las obras de San Isidoro. Por falta de recursos y debido a la guerra mundial, se interrumpieron los trabajos, ya muy adelantados. El Doctor Anspach ha continuado estudiando la transmisión manuscrita de las obras del doctor sevillano y de los escritos de nuestros Padres visigodos, que conoce como pocos.

Fruto de estas investigaciones es el libro que acaba de publicar en el Centro de Estudios Históricos con el título de *Taionis et Isidori Nova Fragmenta et Opera* (2). Como lo indica el epígrafe, desentierra en estas páginas algunos fragmentos desconocidos de las Sentencias de Tajón y otros de San Isidoro. Entre los capítulos 24 y 25 del primer libro de las Sentencias de Tajón, faltaba en el arquetipo, tanto del manuscrito del primer editor, Risco, es decir, del códice Emilianense, hoy en la Real Academia de la Historia, como en el códice de Ripoll, utilizado por los otros editores, el final y el principio de dichos

(1) DAVIDS (J. A.), *De Orosio et Sancto Agostino Priscillianistarum adversariis Commentatio Historica et Philologica*.—Hagae Comitum, 1930. Un vol. de 240 por 155 mm., 301 p.

(2) Madrid, 1930. Un vol. de 210 por 130 mm., VIII-183 p.

capítulos. Además, en el Emilianense se echa de menos el último capítulo del libro V. Este había sido impreso por varios eruditos; pero ahora el Dr. Anspach nos da todos estos fragmentos mejor editados y estudiados.

Acerca de las obras de San Isidoro, publicadas e inéditas, se extiende el Dr. Anspach de manera especial. Comienza por estudiar la transmisión manuscrita de las Etimologías. Sabemos que su autor las dividió en títulos, pero no en libros. Esta tarea la realizó San Braulio de Zaragoza. Hacia 637 formó con los diversos títulos siete libros. Los títulos iniciales de Isidoro los ha encontrado Anspach en una infinidad de códices, y los publica según el Emilianense antes citado. Al propio tiempo demuestra que las ediciones de las Etimologías, a partir de 620 hasta mediados del siglo octavo, pasaron a tener de siete libros, en que las dividió San Braulio, ocho, doce, quince y diecisiete, elevándose ese número en los siglos posteriores hasta veintinueve. Actualmente se hallan las Etimologías en un millar de manuscritos, habiendo perecido otros nueve mil aproximadamente.

Examinando Anspach la biografía de San Isidoro, ampliada en el siglo octavo, llega a la conclusión de que este documento posee un valor real y positivo, y de que suple con sus indicaciones aquella frase general de San Braulio, quien al reseñar las obras del gran obispo de Sevilla, dice: Que escribió otras muchas por él no mencionadas. Algunas de estas obras se nos han transmitido en tratados independientes. "Tales son el Libro de los testimonios acerca del Nacimiento de Cristo, sacado de Isaías; el Compendio de los Morales de San Gregorio Magno; el Comentario al Cantar de los Cantares; el Libro de los diecisiete Profetas; el segundo Libro de las Cuestiones; la Explicación literal, no alegórica, del Génesis. Otras están contenidas en prólogos; verbigracia: los puestos a la edición del Salterio, a los Cánticos de la Biblia y a los dieciséis Profetas. Otras, finalmente, en fragmentos de comentarios al Pentateuco, a los Libros de los Reyes, a los Salmos y a los cuatro Evangelios".

Anspach nos habla después de la edición de la Biblia, preparada por Isidoro, de su actividad litúrgica, manifestada en varios trozos por él compuestos; haciendo, por fin, resaltar el influjo de aquel sabio enciclopédico en la formación del *Liber Glossarum*, nacido a mediados del siglo VIII en el Norte de España o en el Sur de Francia.

El Monasterio de San Millán de la Cogolla, fundado muy proba-

blemente en el siglo vi, ha sido un foco de cultura para la Rioja. Parte de su rica Biblioteca, que contenía códices de valor inestimable, se encuentra ahora en la Real Academia de la Historia, y es una prueba de la actividad literaria de su escritorio. Al lado de esos preciosos volúmenes hay que colocar su abundante documentación, que contiene datos importantísimos para la vida social, jurídica y religiosa de Castilla, y para el conocimiento de los orígenes del reino de Navarra y del señorío de Vizcaya. Se habían publicado no pocos documentos de su cartulario en diversos puntos, sin que se hubiera dado a luz la colección sistemática, que era un *desideratum* de nuestros historiadores medievales. Esta laguna la viene a llenar en parte el *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, que acaba de ofrecer al público el P. Luciano Serrano, abad del Monasterio de Silos (1).

Se conocen tres copias de su Becerro; la más antigua en caracteres visigodos, cuyo paradero ignora el autor; otra, escrita en letra francesa de 1194 a 1196, que es la que reproduce el ilustre benedictino, con excepción de los documentos originales, cuyo texto ha preferido, y otra, moderna, llamada "Colección Minguella", que encierra toda la documentación del Archivo desde 759 hasta 1545.

Como hemos indicado, el P. Serrano se ciñe a la publicación del Becerro Galicano, que no contiene más que los documentos hasta 1114. Es de esperar que dé cima a la obra, estampando en un segundo volumen los restantes, o al menos en un Registro, si por alguna razón no conviniere publicarlos totalmente, pues, sin duda, contendrán noticias interesantísimas para la historia de Castilla y de los reinos pirenaicos. En una erudita introducción expone el autor de la obra lo que se sabe de la vida de San Millán, de la fundación del Monasterio que lleva su nombre, de las donaciones que le hicieron reyes y nobles, y de su influjo en el desarrollo de la cultura y formación social de los pueblos a él sometidos. Como hace notar muy bien el P. Serrano, este cartulario es un complemento de las crónicas contemporáneas. Tenemos entendido que el Cartulario original, que el P. Serrano cree perdido, se conserva aún; y de desear sería que, quien lo posee, lo diera a conocer para que, comparándole con el ya

(1) Madrid, 1930. (Centro de Estudios Históricos.) Un vol. de 255 por 175 mm., cxii-352 p. Precio, 23 pesetas.

publicado, se pudieran apreciar las diferencias reales y lingüísticas, si existen, o llevar por lo menos al ánimo de los historiadores la seguridad de que en lo substancial no discrepa del que ahora ha sido impreso.

El culto archivero de la Catedral de Madrid, D. Timoteo Rojo, conocido ya en el campo de la investigación por su Catálogo de los códices de la Catedral de Burgo de Osma, ha hecho una descripción detallada del códice de San Beato, conservado hoy en la Biblioteca de Santa Cruz, de Valladolid (1). Estas descripciones monográficas han de ser los sillares sobre los que se ha de asentar el edificio definitivo de una obra tan importante, desde el punto de vista exegetico y artístico, como la producida por el célebre monje de Santo Toribio de Liébana.

Prosiguiendo la Sociedad alemana Goerres sus estudios sobre nuestra historia, ha publicado un segundo volumen (2) con dieciséis trabajos, debidos a la pluma de especialistas alemanes y españoles, algunos de los cuales poseen un verdadero valor. Entre éstos mencionaremos el del P. Streicher, sobre la patria de Colón, en el que de nuevo insiste en su origen italiano, probándolo, a nuestro juicio, contundentemente; el del profesor Neuss, sobre el Beato de la Biblioteca Nacional de Turín, emparentado artísticamente con el grupo de Biblias catalanas; el del Dr. Wágner, acerca del canto y de la salmodia de los Responsorios en la liturgia visigótica; el del Dr. Vincke, sobre la erección del arzobispado de Zaragoza; el del P. Leturia, que lleva por título: "El regio Vicariato de Indias y los comienzos de la Congregación de Propaganda"; el de Allgeier, en el que se estudia el elemento africano en el antiguo Salterio español; el de la Dra. Schlüter-Hermkes, en el que se examina la filosofía de Balmes y su relación con la europea; el del Dr. Froberger, sobre los orígenes y desarrollo del Romanticismo en España, y el del profesor Schreiber, sobre la cura de almas entre los alemanes que viven entre nosotros.

Los otros trabajos son de menor importancia. El de San Paciano

(1) Madrid, 1930. Un cuaderno de 165 por 245 mm., 74 p. y 16 grabados.

(2) *Gesammte, Aufsätze sur Kulturgeschichte Spaniens*. II Band. In Verbindung mit K. BEYERLE, UND G. SCHREIBER, herausgegeben von H. FINKE. Münster in Westfalen, 1930. Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung. Un vol. de 180 por 250 mm., 402 p. Precio, 18 marcos en rústica y 20,50 encuadernado.

es un resumen de lo ya conocido, sin nada nuevo que valga la pena. Hay otro artículo, firmado por el Sr. Sánchez Albornoz, sobre "La redacción original de la Crónica de Alfonso III", del que discrepamos totalmente. En 1918 publiqué yo el texto crítico de las distintas redacciones de dicha Crónica (1), que son cuatro. La original o el arquetipo la representa un códice soriense y otro antiquísimo, de Oviedo. Ambos proceden indudablemente de esta ciudad, sede de Alfonso III, y fueron copiados en su tiempo. Por razones extrínsecas e intrínsecas, que no son de este lugar, sostuvimos entonces y sostenemos hoy día que el texto por esos códices transmitido, es el primitivo. De nuestro parecer es el eminente hispanófilo Barrau-Dihigo, director de la Biblioteca de la Sorbona. Pero el Sr. Sánchez Albornoz piensa que la redacción original está contenida en el códice de Roda, descubierto poco ha por nosotros, y que creíamos entonces (a la vista de una copia existente en la Real Academia de la Historia), y creemos ahora (en presencia del original), que es una segunda redacción, derivada de la ovetense. El Sr. Albornoz se esfuerza en acumular hipótesis, suposiciones, cotejos de frases, etc., para hacer ver que el texto rotense es más arcaico que el ovetense; pero no logra llevar el convencimiento al ánimo del lector que haya estudiado el asunto. Hay tres argumentos en contra de su tesis, que no ha podido enervar el ilustre autor. El primero es que la transmisión manuscrita nos da como el arquetipo de la obra a los códices ovetenses, escritos en Asturias, y no al rotense, confeccionado muy posteriormente en el Alto Aragón; segundo, que el texto rotense añade sobre el ovetense muchos pormenores, que éste no hubiera omitido, de derivarse de aquél; y tercero, que, mientras el arquetipo ovetense atribuye el alzamiento de Pelayo a motivos religiosos y patrióticos, el rotense lo atribuye al deseo de vengar a una hermana suya, con la que Munuza había logrado casarse por engaño. Sólo este motivo, épico y legendario, es una prueba palpable de que el texto que lo transmite es una refundición posterior al que leemos en el arquetipo ovetense; y hasta que no se deshagan estos argumentos, seguiremos teniendo por original el texto por nosotros dado en primera línea.

Pensionado por la Academia de Ciencias Judías de Berlín, pasó

(1) *Crónica de Alfonso III*, Madrid (Centro de Estudios Históricos), 1918.

entre nosotros hace unos años dos largas temporadas el investigador Fritz Baer, estudiando nuestros archivos, a fin de coleccionar los materiales inéditos o dispersos relacionados con los judíos en España. Su trabajo no fué inútil. Gracias a él poseemos hoy día el primer volumen de la obra de conjunto más importante que hasta el presente se ha publicado sobre tema tan sugestivo e interesante (1). Por razones de orden práctico, ha dividido la materia en dos grandes núcleos: uno que abarca los reinos de Aragón y Navarra, y otro que comprenderá el reino castellano.

El primero de dichos volúmenes ha salido ya de las prensas, y forma un grueso tomo de 1.800 páginas. En una erudita introducción expone el autor los trabajos que hasta el presente se habían llevado a cabo, acerca del tema que se ha propuesto tratar. Nada de cuanto se ha publicado ha escapado a su perspicacia. Son indudablemente muchos los documentos impresos acá y acullá, y los estudios parciales hechos sobre los judíos en España; pero ni el de Amador de los Ríos, ni el de Graetz, ni el de Kayserling, ni los de tantos otros, han contado con una base sólida y amplia de documentación. Hace notar, con razón, el esclarecido autor, que en este punto el siglo XIX supone un retroceso sobre los anteriores, salvo raras excepciones. El único que emprendió el verdadero camino para la reconstrucción firme de la historia de los judíos en la Península Ibérica, fué Regné en su *Catalogue des Actes de Jaime I, Pedro III, Alfonso III et Jaime II, rois d'Aragon, concernant les juifs*. Sin embargo, este trabajo no es más que el principio. Era preciso dar a las investigaciones mucha mayor amplitud; y así lo ha realizado Baer. Recoge en este primer volumen los documentos de 876 a 1492, época de la expulsión de los hebreos de España, decretada por los Reyes Católicos.

El método que se sigue es el de transcribir la documentación aún inédita, dar un registro de la ya publicada, identificar aquellos personajes que le ha sido posible y señalar cuidadosamente la bibliografía para cada documento en particular. El encabezamiento del documento lo forma un resumen sucinto de lo que contiene, redactado en len-

(1) *Die Juden im christlichen Spanien. I. Aragonien und Navarra*, von FRITZ BAER. Akademie-Verlag, Lützowstr. 16. Berlin, 1929. Un vol. de 165 por 240 mm., XXVII-1.773 p. Precio, 30 marcos en rústica y 35 encuadernado.

gua alemana. Con esto y los copiosos índices, se ha facilitado enormemente el manejo del volumen.

La explotación de los depósitos documentales comienza con el rico Archivo de la Corona de Aragón, extendiéndose luego a varios otros de la ciudad condal, a los de Gerona, Tarragona, Tortosa, Lérida, Huesca, Zaragoza, Pamplona, Valencia, y algunos más. A pesar de todo, reconoce el mismo autor que aun habría materiales en otros sitios, y así es; pues en el Archivo de la Colegiata de Tudela hemos tropezado nosotros con no pocos documentos referentes a su aljama. Con todo, creemos que Baer tiene razón, al afirmar que la documentación que en adelante se pueda descubrir no modificará esencialmente los resultados que arrojan los documentos por él publicados. Estos nos dan a entender que el número de judíos en el reino de Aragón era muy numeroso, que habían logrado penetrar hasta en la cámara regia, que tomaban parte activísima en las cuestiones comerciales y monetarias, que descollaban en la medicina, y que vivieron en un ambiente de tolerancia, por parte de todos, especialmente de los monarcas, tolerancia que muchas veces llegó a decidida protección. Es decir, que el elemento judío ha tenido un influjo no pequeño en el desenvolvimiento de la vida española. De modo que, no sólo nos da esta colección la llave para conocer más íntimamente la organización de las aljamas ibéricas, sino que también nos proporciona elementos para penetrar mejor el carácter de nuestro pueblo y las derivaciones políticas, religiosas y culturales, que un tan crecido número de hebreos introdujeron en nuestra manera de ser.

El segundo volumen, que esperamos con impaciencia, estará dedicado a la documentación de los judíos en Castilla. Es sabido que aquí no se cuenta con los registros oficiales con que contamos tratándose del reino de Aragón. Por eso la tarea de la búsqueda será más engorrosa y menos fructífera, salvo por lo que se refiere al siglo xv, conservado en Simancas. Pero tampoco ha de ser tan escasa, que no sea suficiente para formarse una idea exacta de la extensión, vida e influjo de los judíos en estos territorios.

Piensa el Sr. Baer dar cima a su empresa exponiendo en un libro la historia de los judíos en España, según se desprende de los documentos por él coleccionados. Indudablemente que esta historia será de un interés grandísimo, pues nos ofrecerá organizados los elementos dispersos que en las piezas publicadas se encuentran. Será algo

parecido a las monografías publicadas por Kehr, después de haber dado a luz los cuatro cuadernos de su *Hispania Pontificia*.

Hace ya bastantes años que el Sr. D. Antonio G. Solalinde trae entre manos la preparación de la edición de la *General Estoria*, de Alfonso el Sabio, inédita hasta ahora. La desmesurada extensión de la obra había arredrado de acometer la empresa a los que conocían sus múltiples manuscritos. El Sr. Solalinde, ayudado por el Centro de Estudios Históricos y por otros hispanistas, amantes de nuestra cultura, ha empezado a darnos el texto alfonsino, publicando la primera parte (1) en un grueso volumen en cuarto mayor, de 909 páginas. A esta parte seguirán la segunda, tercera, cuarta, quinta y un fragmento inicial de la sexta, que es lo único que se nos conserva.

En una introducción muy discreta y ceñida, expone el editor la idea general de la obra, sus fuentes, su valor, su extensión, los colaboradores del Rey Sabio que tomaron parte en la redacción, la fecha aproximada en que se compuso y la filiación de los manuscritos.

La idea que Alfonso el Sabio tuvo al redactar una historia general de la Humanidad, está concretamente expresada en el prólogo a toda ella. Es ésta el dar a conocer los acontecimientos pretéritos de la Humanidad, pero con el fin inmediato de inducir al lector a imitar las buenas acciones y huir de las reprobables. Entre los factores que dirigen a la Humanidad en el decurso de los tiempos cuenta los astrológicos y singularmente la Providencia. No se aparta, pues, el Rey Sabio, en su concepción histórica, del sistema providencialista, que dominó en toda la Edad Media, después de haber sido sistematizado por San Agustín.

En la amplitud de los conocimientos sobrepasan Alfonso y sus colaboradores a cuantos los precedieron, no contentándose con beber en las fuentes bíblicas y latinas ya conocidas, sino ensanchando el campo de sus investigaciones y testimonios a las arábicas, rabínicas y orientales. Quizás en esta amplitud de fuentes estriba el mayor mérito de la obra, considerada desde el punto de vista historiográfico. Su valor real e informativo es por lo demás escaso. A los historiadores les servirá más que para comprobar hechos, para conocer ideolo-

(1) ALFONSO EL SABIO, *General Estoria*. Primera parte. Edición de Antonio G. Solalinde. Madrid, MCMXXX. (Centro de Estudios Históricos.) Precio, 50 pesetas.

gías y métodos. Probablemente los que sacarán mayores ventajas de ella serán los filólogos y literatos. Desde este punto de vista serán interesantes los trabajos que el Sr. Solalinde promete al fin de la introducción.

Dice el Sr. Solalinde que no pretende hacer una edición crítica, sino sólo dar un texto fiel y aproximado. Por eso se ciñe en esta primera parte a reproducir paleográficamente el manuscrito A, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. A pesar de esta restricción, no es creíble que su texto sea modificado por ulteriores conatos de reconstrucción, pues el diligente crítico ha estudiado con esmero todos los códices hoy conocidos y su mutuo parentesco. En esta difícil y engorrosa tarea de reconstrucción ha aplicado, por primera vez en España, que nosotros sepamos, el llamado método positivo del Padre Quentín, tan combatido por los que creen que hay que atenerse al método negativo o tradicional. No hemos de exponer aquí los inconvenientes de este género de clasificación, enteramente mecánico, contentándonos con decir que el Sr. Solalinde lo sigue con inteligencia y escrupulosidad admirables.

La empresa acometida y en parte ya realizada por el Sr. Solalinde es de las de gran empeño y ponen de manifiesto la severa disciplina metodológica y la escrupulosa seguridad de su autor.

Existe una vida del Beato Raimundo Lulio, contada por él mismo, y redactada por un extraño, todo hecho a ruegos de algunos amigos del místico mallorquín. Es la biografía más autorizada que de él poseemos, y aunque había sido publicada por el P. Custerer, de quien la tomó el bolandista Sollier, y luego por Salzinger, algo mejor, se echaba de menos una edición crítica y segura. Esta nos la ha dado el P. De Gaiffier (1), basándose en el códice 15.450 de la Biblioteca Nacional de París, escrito a principios del siglo XIV, y por lo mismo contemporáneo del biografiado. La edición no deja nada que desear, y ofrece un fundamento sólido para su utilización histórica. Para la fijación de algunas lecturas y el aparato crítico se ha servido el diligente editor de otros nueve manuscritos, descartando el texto catalán, que juzga, como Rubió, que no es más que una traducción de la vida latina. Al final se estampan dos cartas, conservadas

(1) *Analecta Bollandiana*, t. 48, 1930, p. 130-178.

en el Archivo de los Bolandos, una del P. Janningus al Elector Palatino, Guillermo (7 de julio 1710), y otra del Elector al dicho Padre. Por ellas se ve que aquél había enviado a Amberes a su bibliotecario, Büchels, para que preguntara a los Bolandos acerca de los escritos del Beato Raimundo Lulio. El P. Janningus le recibió muy bien y le prometió investigar concienzudamente las obras del doctor mallorquín; a lo que contestó el Elector congratulándose de ello y de que los Bolandos tomaran sobre sí la defensa de su buena memoria.

Difícilmente se encontrará en la literatura mística una pieza tan sublime y tan delicada como el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Su lectura arrebató aun a los menos iniciados en las intimidades del casto Esposo de las almas. A pesar de esto, aun no han logrado los críticos ponerse de acuerdo sobre el manuscrito que mejor nos ha transmitido su texto. Poseemos siete ediciones de él; la primera hecha en Bruselas el 1627, la segunda en Madrid el 1630, la tercera en Sevilla el 1703, todas mendosas y diferentes. En 1912 salió la de Toledo, que por querer conciliar las divergencias entre los dos textos del Cántico, los declara ambos auténticos, a pesar de su profunda diferencia. En 1924 dió a las prensas en los Clásicos de *La Lectura* una edición con pretensiones de crítica el Sr. Martínez Burgos, sirviéndose del manuscrito de Jaén; y cuatro años más tarde, en 1928, sacaba a luz otra el P. Silverio de Santa Teresa, según el códice de Sanlúcar de Barrameda.

Ultimamente ha estudiado la cuestión de la transmisión manuscrita el P. Chevalier, benedictino de Solesmes, condenando las ediciones antes mencionadas, y proponiendo otra, a base de distintos códices (1). No se podrá negar al citado autor esmero ni diligencia en la búsqueda y criba de los materiales. Pero dudamos que convenza a todos. Sin embargo, su estudio, bien fundamentado, no se podrá omitir, cuando se trate de resolver el problema definitivamente. Por de pronto, es cierto que su edición representa un avance en el asunto discutido, y por el momento es lo más sólido que sobre él se ha producido. La cuestión batallona sobre el arquetipo quizás quede en pie,

(1) DOM CHEVALIER, Moine de Solesmes. *Le Cantique Spirituel de Saint-Jean de la Croix, Docteur de l'Eglise*. Notes historiques. Texte critique. Version française, 1930. Desclée de Brouwer & Cie, Editeurs. París-Brujas. Un vol. de 140 por 225 mm., CVII-328 p. Precio, 40 francos.

mas todos cuantos se interesen por el esclarecimiento del problema, deberán estar agradecidos al P. Chevalier por sus concienzudas investigaciones y por el cariño que ha puesto en la solución definitiva del enigma.

La introducción nos hace ver que el autor conoce a fondo la cuestión, y las notas históricas demuestran que ha procurado meterse de lleno en el ambiente en que el precioso tratado fué escrito. A los lectores de lengua francesa ha querido facilitarles la lectura con una traducción precisa del Cántico en aquel idioma. En la reproducción del texto castellano quizás hubiera sido bueno suplir la falta de puntuación, lo cual hubiera contribuído a hacer más comprensible el texto a los no habituados a la lectura de una edición crítica, y más inteligibles sus profundos y alegóricos conceptos.

ZACARÍAS G. VILLADA.